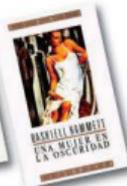


VICENTE BATTISTA
Un policial
en la
oscuridad

Página 2



JUAN PABLO CINELLI
Un muerto
en el Placard

Página 3

NICOLÁS MAVRAKIS
Una teoría
sobre los
marcianos

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

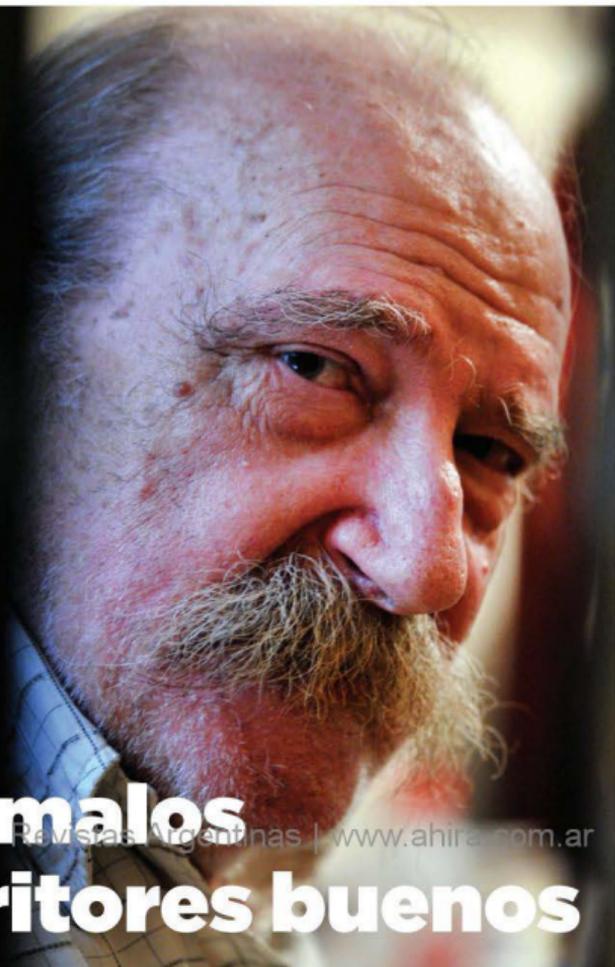
SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 295 | JUEVES 27 DE JULIO DE 2017

A veces publicados por una necesidad económica, otras por un capricho circunstancial, o bien condicionados por un momento histórico, todos los grandes escritores tienen un libro del que se quieren olvidar. Vicente Battista se mete con una nouvelle de Dashiell Hammett, Nicolás Mavrakis con una de marciano de Martín Amis y Juan Pablo Cinelli con la versión novelada de una película que hizo Alberto Laiseca.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
**Libros malos
de escritores buenos**

La cuarta edición de la Feria del Libro de Comodoro Rivadavia abre sus puertas desde hoy y hasta el 6 de agosto, bajo el concepto "Mujer", y con figuras invitadas como Alejandro Dolina, Darío Sztajnszrajber y Diego Golombek, entre otros. El encuentro se despliega en el circuito cultural que incluye Centro Cultural, Ceptur, CIP, Museo Ferroportuario, Teatro María Auxiliadora, Teatro Español y los

hoteles Lucania y Austral. Este año la temática del espacio cultural será "La Mujer", en reconocimiento al rol que asumió en el último siglo, en el plano social, cultural, estadístico y político. A lo largo de once días, de 10 a 22, habrá novedades editoriales, charlas presentaciones de libros, talleres, conversatorios y noches artísticas a modo de cierre de cada jornada.



Un policial en la oscuridad



→ VICENTE BATTISTA

Entre los papeles perdidos de Hammett se halló una nouvelle llamada *Una mujer en la oscuridad*, que está lejos del ritmo narrativo de sus novelas", quizá por eso el propio autor jamás la mencionó.

El descubrimiento de *Miss Blamdi* fue la primera novela de J. H. Chase, un escritor británico que no disimulaba su admiración por William Faulkner, por lo que no vaciló en reconocer que *Santuario*, el horror y la depravación que Faulkner proyectó en esa novela, fueron la piedra angular de *El secuestro de Miss Blamdi*. Por todos es sabido que Faulkner hasta el día de su muerte repudió a *Santuario*, la consideraba una obra menor, definitivamente mala. Aquí surge una paradoja: una novela despreciada por quien la escribió se convirtió en el disparador de otra novela que significó la definitiva consagración de su autor. Claro que también significó su desventura: lectores y críticos coinciden en que *El secuestro de Miss Blamdi* es la mejor obra de Chase, jamás superada por las casi cien novelas que escribió posteriormente. En autores del género tan prolíficos, no es difícil encontrar una mala novela, pienso en Agatha Christie o en George Simenon, aunque también es posible tropezar con un libro que, a pesar de ser escrito por alguien que no posea una obra tan vasta: Dashiell Hammett, por ejemplo.

"Los felices años veinte", de los que tanto se vanagloriaban los

Estados Unidos de América, tendrían un doloroso final una década más tarde: en 1929, quebró la Bolsa de Nueva York, por esa misma época se implementó la llamada "Ley Seca", el contrabando de licor consolidó a la mafia y el crimen organizado trepó hasta las cotas más altas del poder. Este coctel explosivo puso en movimiento un nuevo modo de narrar crímenes y misterios: ya no importaba resolver un enigma sino ser testigos de cómo el sistema social se derrumbaba sin remedio. Precisamente, en febrero de 1929, Dashiell Hammett publicó *Cosecha Roja*, la novela dido cuenta de ese derrumbe y, de paso, fundó una nueva manera de escribir policiales. En julio de ese mismo



"No es casual que el propio Hammett jamás haya mencionado a *Una mujer en la oscuridad*, sin duda aspiraba a que se olvidaran de ella".

año, apareció *La maldición de los Dain*, en 1930 *El Halcón Maltés*, un año después, *La llave de cristal*, y en 1934, *El hombre delgado*. Estas cinco novelas y un vasto número de cuentos lo situaron entre los notables narradores de la literatura policial de su tiempo. André Malraux, Luis Aragón y Luis Cermeña, lo evaluaron sin reservas; André Gide anotó en su Diario: "He leído con asombro consideración, bien cercano a la admiración, 'Cosecha roja', de



Dashiell Hammett, sus diálogos, conducidos con mano maestra, son cosa para enfrentarla con Hemingway y hasta con Faulkner". Se convirtió en uno de los autores más populares y mejor pagados. A pesar de ello, desde 1934, luego de haber escrito *El hombre delgado*, prometió nuevas novelas que jamás aparecieron. Murió en 1961, entre sus papeles se encontraron los primeros capítulos de una no-

esta misma cárcel. Cuando quedó en libertad, supo que el Estado había confiscado la totalidad de sus bienes: murió en la oscuridad por la

policea.
Los estudiosos de su obra se abocaron a la búsqueda de posibles textos perdidos. La pesquisa tuvo sus frutos: en las páginas de un viejo número de la revista "Liberty" encontraron *Una mujer en la oscuridad*, una nouvelle que Hammett habría escrito en 1933, un año antes de la publicación de *El hombre delgado*, que narra las desventuras de Luise Fischer, una bella mujer que decide abandonar a Kane Robson, un señor rico y poderoso del que había aceptado ser su mantenida. Luego de vagar por las calles de Mile Valley, Luise Fischer se refugia en la casa de Brazil, un hombre que días antes había salido de la prisión. El ex convicto y la mujer que huye se enamoran, a partir de ese momento, deberán enfrentar a los matones de Kane Robson y a la policía que, por supuesto, responde a las órdenes de Robson. La narración, propuesta a un ritmo muchísimo más pausado al que nos tiene acostumbrado Hammett, ofrece un final ambiguo, por el que podría filtrarse un dejo de felicidad, lo que reforzaría la opinión de aquellos críticos que sostuvieron que *Una mujer en la oscuridad* "es la más sentimental de todas sus novelas". Por supuesto, cuenta con aquellas mujeres fatales, siempre al borde de la traición, y con esos hombres duros, acosados por el infortunio, pero ni unas ni otros logran salir de su condición de arquetipos. No es casual que el propio Hammett jamás haya mencionado a *Una mujer en la oscuridad*, sin duda aspiraba a que se olvidaran de ella. Lamentablemente, la novela fue redescubierta por el infuente de la cárcel de Mile Valley, los libros de Dashiell Hammett, el autor de esos libros era quien se ocupaba de limpiar los baños de

esta misma cárcel. Cuando quedó en libertad, supo que el Estado había confiscado la totalidad de sus bienes: murió en la oscuridad por la policea.

© 2017 por el autor. Todos los derechos reservados. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

La Primera Bienal de Arte Contemporáneo de América del Sur (Bienalsur) concluirá entre septiembre y diciembre a más de un centenar de museos, centros culturales, edificios y espacios emblemáticos de 15 países, desde la Argentina hasta Japón, mediante 379 muestras y acciones simultáneas de 250 artistas y curadores de todo el mundo. En Buenos Aires, en el Museo de la Universidad Nacional

de Tres de Febrero (Muntref), está el kilómetro cero de la iniciativa que se extenderá hasta Tokio e interconectará durante cuatro meses a instituciones tan diversas como el Museo Reina Sofía de España, la antigua cárcel de Valparaíso o la Floresta de Ilha Bela en Brasil. Una serie de pantallas transmitirán en simultáneo muestras y eventos vinculados por temáticas comunes en distintas ciudades.



JUEVES 27 DE JULIO DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Un muerto en el placard



→ JUAN PABLO CNELLI

Alberto Laiseca escribió *El artista* basada en el guión de Mariano Cohn y Gastón Duprat, obra que no suma al mundo del autor de *Los Sorias*.

Los libros malos, lo que se dice malos pero malos de verdad, al punto de llegar a ser indignos de su autor, en realidad son muy difíciles de encontrar. En primer lugar porque nadie los guarda: piénsese que un libro malo ocupa el mismo lugar que uno bueno y ya se sabe que, con excepción de aquella instalada en Babel, el de las bibliotecas es un espacio finito. Tratar de encontrar un libro malo se vuelve un poco más fácil en bibliotecas extrañas, nutridas por el gusto de los otros; algo así como buscarle las garrapatas a un perro o la paja al ojo ajeno. Por lo general se los suele encontrar de a montones en las librerías de usados, en las ferias de camje-compraventa o en las mesas de saldos, que son el limbo de los libros, en donde lo que se acostumbra a buscar es lo contrario, una gema escondida entre la hojarasca literaria. La misión puede volverse más complicada todavía si la idea es colgarle ese sanibento a un libro escrito por un gran escritor. Y sin embargo, aferrados a la teoría del número en el placard, es imposible no terminar convencido de que "que los hay, los hay". Solo hace falta liberarse al placer morbo de señalar con el dedo o de arrojarse la primera piedra y se lanzará un poco de valentía crítica con una pizca de ironía, jugarse a encontrar en obra libro ignominioso que habita en la ose de cualquier autor, por bueno que sea.

Fallecido hace exactamente



siete meses, Alberto Laiseca fue uno de los autores más particulares de la literatura argentina de la segunda mitad del siglo XX. El Conde Lai o el Mostro, como lo llamaban algunos, quien sabe si con su confianza y consentimiento, estuvo siempre fuera de la norma y sin embargo no es fácil montar el canon literario sin incluirlo. Self made man por naturaleza, Laiseca se contrató a sí mismo como ninguno de sus colegas y contemporáneos, no sólo como escritor sino también como personaje. No es difícil pensar que sus libros no necesariamente han sido muy leídos—no es secreto que ninguno de ellos fue un bestseller y que sus cuentos y novelas nunca fueron publicados—, pero sin embargo su rostro es uno de los más reconocidos del panteón de autores locales. En ello colaboraron sobre todo su papel como narrador televisivo de cuentos de miedo, en aquella serie de microprogramas que en la década de los



'90 se transmitía por la señal de cable I-Sat y, en menor medida, su participación como actor en las películas *Querido rey* y *Comprar cigarrillos y twéed* (2011), basada en un cuento propio) y *El artista* (2008), en todos los casos dirigido por la dupla integrada por Mariano Cohn y Gastón Duprat.

Esta última lo tenía como protagonista de una historia en la que el enfermero de un geriátrico en un día se resiste a aceptar su destino con uno de los viejos internados, que a partir de algún tipo de demencia se encontraba incapacitado para hablar (la palabra "pucho" era la única que pronunciaba) pero tenía un extraño talento para el dibujo. Sin ser demasiado despi-

to, el enfermero sin embargo tiene la iluminada idea de llevar los trabajos del anciano a una galería de arte, para ver si tienen o no algún valor. Y a partir de una confusión que el mismo se encarga de no resolver, termina asumiendo la autoría de los dibujos del otro, convirtiéndose en el nombre de moda dentro del mundillo de los galeristas y el arte contemporáneo, sin tener el más mínimo talento. Laiseca interpreta el rol de Romano, el viejo dibujante, y el cantante Sergio Pángaro el de Jorge Ramírez, el enfermero.

Basada en un guión de Andrés Duprat, hermano de uno de los cineastas y hoy director del Museo Nacional de Bellas Artes, *El artista* provocó cierto revuelo entre quienes la defendieron y quienes la atacaron, granjeándole al tándem de directores un nombre dentro de la escena del cine argentino. Pero además la película inspiró a Laiseca a escribir un libro basado en ella, hecho que si bien es infrecuente, ya que ese camino

prestaba mayor atención a la historia de Ramírez. A diferencia de esta, cuya mirada y sentido del humor son más bien ácidos, corrosivos, el escritor vuelve a ofrecer su habitual menú de prosa engañosamente esperá y gracia arrolladora. En ella abundan palabras como "puto", "boludo", "conchata" o "archipelotudez", normalmente cullidas del lenguaje literario pero que en Laiseca, lejos de constituir un liviano y gratuito acto de provocación, representan un potente rasgo de identidad. Asimismo consigue articular un discurso entre la lucidez y el desvarío, de fácil asimilación a cierto estado de la vejez en el que la mente empieza a ponerse floja de papales.

Decir que *El artista* es un libro cuya lectura no se disfruta sería mentir, pero quizá su mayor (o su única) virtud sea justamente que lo ha escrito Laiseca y nada más. O nada menos. El viejo consigue ese estado de gracia que habita en el resto de su obra, pero eso no necesariamente alcanza para decir con convicción absoluta que se trata de un buen libro. Tan cierto como que tampoco es fácil calificarlo de malo, aunque su condición de "libro inspirado en una película" permite hacer una serie de observaciones que son habituales en los casos de películas basadas en libros. Porque si bien Laiseca ofrece un punto de vista distinto y un estilo narrativo que se encuentra íntimamente conectado con su obra, también es cierto que no le agrega al original más que unos pocos detalles que no terminan ni de cambiar el sentido del relato ni ampliarlo más allá de los límites propuestos por la propia película. Cuando el caso es a la inversa nade duda en calificar a las películas inspiradas en libros como adaptaciones chatas o tenebrosas. Algo de eso hay en este trabajo de Laiseca, cuyo aura mantendría su valor inalterable si se eliminara de ella la novela *El artista*. Claro que no pasaría lo mismo si, por ejemplo, se hiciera desaparecer de su bibliografía *Los Sorias*, una certeza que no hace más que subrayar el carácter nimio de su versión novelada del filme de Cohn y Duprat. Y es que a veces un libro no necesita ser malo para ser, fatalmente, prescindible.

El fotógrafo entrerriano Francisco Medail (1991) - reconocido además por su labor como director artístico de la feria Buenos Aires Photo- inaugurará el 2 de agosto a las 19 en la galería Rolf Art su exposición individual "Fotografías 1930-1943", un corpus de 50 imágenes provenientes de archivos y mercados de pulgas, con el que plantea una hipótesis sobre los regímenes de

visualidad que operaron en el pasado. Luego de tres años de investigación, el artista presenta alrededor de 50 imágenes que interpelan desde su resolución formal y su contenido: un ensayo sobre la denominada "Década infame", oscura etapa que se inicia con el primer golpe cívico-militar del siglo XX en el país y marca el regreso de los conservadores al poder.



CONTRATAPA

→ NICOLÁS MAVRAKIS

Tras la publicación de *Dinero* que en 1982 llevo a la fama a Martín Amis, se conoció una novela sobre marcianos, que el autor inglés trató siempre de mantener en las sombras.

En 1982, cuando la carrera de Martín Amis se preparaba para el gran salto a la fama con la novela *Dinero* (1984), uno de los mejores retratos escritos en Inglaterra sobre las derivas culturales del Thatcherismo, apareció un libro exótico y casi desconocido que el propio Amis se encargaría de mantener para siempre en las sombras: *La invasión de los Invasores Espaciales* (o *La invasión de los marcianitos*, según el feo tono ibérico de una de sus pocas y recientes traducciones). ¿Pero por qué el encono de Amis? ¿Se trata de suprimir un pecado de juventud, de borrar algo que hoy solo puede interesar a coleccionistas o historiadores de la técnica, o se trata de olvidar un liso y llano mal libro? En todo caso, cuando se publicó *La invasión de los Invasores Espaciales*, ilustrado con fotos y pósters que mostraban la estética de una métrica "sadicción masiva" a los juegos electrónicos y sus "epopeyas cinematográficas chipscando en la pantalla" - sucedió en el verano de 1979, yo me hallaba en el sur de Francia cuando comenzó la invasión: estaba sentado en un bar junto a la estación de Tolón, tomaba café, escribía cartas y pensaba en mis asuntos", dice el autor. Lo que a él le pasó fue de Martín Amis permanencia en gestación.

Con *El libro de Raquel* (1973) había debutado en un terreno dotado de la sátira, renovada en la literatura inglesa del siglo XX por su propio padre. Kingsley Amis, todavía

señalaba el rumbo, e incluso había ganado el Premio Somerset Maugham, es el único premio que recibieron sus libros hasta hoy. Esa novela le siguiéron otras: *Niños muertos* (1975), *Éxito* (1978) y *Otra gente* (1981), en las que Amis -claro que es más fácil notarlo a la distancia- afinaba su voz y sus temas al mismo tiempo que exploraba estilos y géneros literarios. Es más, por aquellos años escribió el guión para una película de terror y ciencia ficción, *Saturno 3* (1980), que con Kirk Douglas y Farrah Fawcett recaudó us\$ 9 millones antes de perderse en el olvido. En estos primeros trabajos, sin embargo, es inevitable percibir los ajustes de cuentas con la sombra paterna. También Kingsley había merodeado (con menos éxito) las puertas de Hollywood gracias a sus retoques de la versión final de la novela *El hombre con la pistola de oro*, de Ian Fleming -que se transformaría en la séptima película de James Bond-, y ni siquiera *La invasión de los Invasores Espaciales* puede entenderse sin notar la marcada tendencia de Kingsley a escribir (y publicar) ensayos breves sobre asuntos de interés muy particular, como *El dossier James Bond*, o sobre cuestiones algo más idiosincrásicas como *Sobre beber*, el primero entre varios libros dedicados al arte de saber qué tomar, dónde hacerlo y cómo sobrevivir una mala resaca.

Por su lado, antes de convertirse en un "libro huérfano" cuya reedición se ha mantenido postergada desde hace 35 años, *La invasión de los Invasores Espaciales* era una serie de ensayos breves en tono humorístico que sin perder oportunidad para el comentario de crítica, por ejemplo ante Steve Jobs, en el momento del servicio de Atari, culpable de decir que aquellos involucrados en el negocio de las computadoras "tienen la misma puzo del espíritu que he visto en los monjes" - incluía hasta una

La invasión de los marcianitos

Martin Amis



detaillada guía para jugadores. Aunque es probable que, a pesar del entusiasmo, no tenga demasiado sentido dejarse convencer por esa aparente adición de Amis a los primeros arcades, con las naves rísticas y monocromáticas del famoso Space Invaders y sus "marcianitos" en primer lugar. De hecho, en algunas entrevistas más recientes es Amis, convertido ya en lo que es hoy, quien cuenta que en los años setenta esos "salones de videojuegos", cargados de humo, ocio y diversión, eran apenas uno entre muchos otros lugares donde se desenvolvía un mundo de batalla y espectáculo: la batalla jugar, que no era otra que la batalla de los sexos. Es por eso que, leído con más cuidado, *La invasión de los Invasores Espaciales*, que no por accidente incluye imágenes de chicas gastando sus pestañas ante las pantallas, registre cierta desorientación libidinal. Al fin y al ca-

Una teoría sobre los marcianos



experiencia) bastante breve". De una u otra manera, todavía no podemos saber por qué esas preguntas, formuladas en *La invasión de los Invasores Espaciales*, resultan ahora tan prescindibles para Martín Amis. Pero lo curioso es que si sabemos que buena parte del resto de su literatura, en especial la que escribió desde *Dinero*, se ocupa de profundizarlas sin piedad. En uno de sus instantes más incisivos, de hecho, *La invasión de los Invasores Espaciales* señala casi al paso que "otro rasgo de los juegos espaciales (una obviedad) es que son maravillosos porque se bastan a sí mismos, funcionan como un microcosmos. Sencillamente ocupan las cámaras huecas de la vida". Otra curiosidad: cuando los videojuegos apenas se hacían visibles en la vida cotidiana, *La invasión de los Invasores Espaciales* tuvo un prólogo de Steven Spielberg: "Lea este libro y especímicamente con la teatralidad odiosa del joven Martín por los salones recreativos de medio planeta antes de transformarse también en drogadicción del videojuego", escribe el director, que todavía no había estrenado *E.T.*